

*La versión original de este cuento fue publicada en la revista *La gran belleza*
Nº10 Madrid, septiembre 2020.

Los nuevos

Marcelo Luján

Finalmente Marita y yo nos mudamos a Colonia Chica.

Nos habían advertido en el ayuntamiento que se trataba de una zona de las denominadas marginales, una barriada peligrosa donde la policía siempre aparece después de las tragedias, y donde todo el mundo sabe que si sales a la calle después de las ocho puede pasarte algo malo.

A Marita y a mí, una vez, nos pasó algo malo. Algo que nos cambió la vida por los siglos de los siglos, que se dice. Pero no nos pasó en Colonia Chica ni en ninguno de los tantos barrios en donde hemos vivido. Nos pasó en Copacabana. Estábamos de Luna de Miel y la última noche decidimos abandonar la monotonía del hotel y dar un paseo por la ciudad. Es cierto que en ningún momento nos alejamos demasiado y tampoco corrimos riesgos innecesarios. Aunque también es cierto que todo era muy raro porque hacía un calor insoportable en pleno febrero y porque no conseguíamos pasar desapercibidos allí donde fuésemos. Era como si lleváramos un cartel en la frente que pusiera Pareja extranjera recién casada, o mejor, Par de gilipollas, recién casados y deambulando. Pero éramos felices y nos deseábamos constantemente y ese fuego y esa felicidad nos enceguecía. Y esa ceguera nos impidió ver venir el peligro. No sé en qué momento ella se detuvo en un escaparate y enseguida mi mano se soltó de su mano. Solo me separé dos o tres metros. Entonces un tipo atacó a Marita. Su irrupción fue como un flash y cuando escuché el grito de mi esposa, el agresor ya se había dado a la fuga. Recuerdo que al girarme lo vi huyendo calle abajo: iba sin camiseta y en chancas. Y por supuesto recuerdo verla a Marita en el suelo, asustada y aturdida, la falda de su vestido de flores mezclada con las baldosas de la acera. Contado así parece una chorrada pero

fue algo muy malo lo que nos pasó, aunque en ese momento lo ignorábamos casi todo y solo creímos habernos llevado un disgusto.

Ahora que estamos en Colonia Chica casi no tenemos disgustos. Y menos desde que a Marita la despidieron de la peluquería. Fue en la misma época en que me caí del andamio. En ambos casos, los problemas de sueño nos jugaron malas pasadas: ella le cortó un trozo de oreja a una clienta y yo no supe detectar que el arnés estaba defectuoso. Naturalmente lo mío tuvo peores consecuencias. Dicen que me salvó la vida el casco. De lo que no me salvé fue de quedarme en silla de ruedas. Un problema que pasó a ser una putada cuando nos mudamos a Colonia Chica, donde los ascensores de los bloques están constantemente averiados y no puedo salir más allá del rellano.

Nadie nos socorrió aquella noche en Copacabana. Y no por ingratitud o por falta de solidaridad. No. El episodio fue tan rápido que nadie tuvo tiempo ni a darse cuenta. Con Marita todavía arrumbada en la acera, mi primera reacción fue ponerme a su lado, en cuclillas, acariciarle el pelo y decirle que ya había pasado. «Tranquila, cariño. Ya pasó». Su bolso estaba intacto. Y su vestido también. Entonces la ayudé a ponerse de pie y entonces vi cómo se apretaba el antebrazo con la mano. Y dijo entre sollozos, con la cabeza gacha y casi como un susurro: «Me ha mordido». Y yo también, anonadado por lo que había dicho ella, agaché la cabeza para mirar: en efecto, a un palmo de su muñeca, ni bien quitó la mano y me enseñó el antebrazo, vi la marca y la sangre y todo el óvalo que deja el arco de una boca al morder. Volvimos al hotel y nos echaron la bronca por no haber seguido las recomendaciones de evitar salir por libre. Después, cerca de la medianoche, un médico de asistencia al viajero se presentó en nuestra habitación con varias inyecciones. Hablaba español y también nos echó la bronca. A la mañana siguiente cogimos el vuelo de regreso a casa.

Antes de acabar en Colonia Chica vivimos en cinco zonas diferentes de la ciudad. En ninguna hemos podido quedarnos más de nueve o diez meses. Siempre la misma cantinela: al principio, los vecinos se tornan despectivos, nos vuelven la cara y nos niegan el saludo. Pronto todo va a peor: nos tocan el timbre en horarios imposibles o nos dejan mensajes anónimos e intimidatorios en el buzón. Se quejan al presidente de la comunidad. Se quejan, según supe, de nuestros hábitos. Dicen que el piso de los nuevos huele mal, que los nuevos hacen bulla de madrugada, que arrastran cosas pesadas, que se oyen golpes extraños, que los nuevos esto o aquello,

que si el paralítico tal o la zumbada de su mujer cual. Y todo a nuestras espaldas, claro.

Las cosas cambiaron mucho después de nuestra Luna de Miel en Río. Aunque los médicos no encontraban nada fuera de lo normal, Marita se pasó las primeras semanas vomitando y volando de fiebre. Se levantaba de la cama en medio de la noche para ir a la cocina. Al rato volvía y se acostaba sin más. Una madrugada la seguí en silencio y la pillé comiendo embutido con las manos, de pie, una loncha detrás de la otra, sin siquiera cerrar la puerta del frigorífico. Poco después la despidieron de la peluquería y poco después fue cuando me caí del andamio y me rompí no sé que vértebra.

En Colonia Chica, donde finalmente hemos acabado Marita y yo, nadie nos echa la bronca y nadie nos pide explicaciones y nadie se queja de nada. Ni siquiera de nuestros horarios. El barrio entero huele mal y por las noches los jaleos son moneda corriente. A veces se oyen disparos. Nuestros vecinos de arriba ponen reguetón a todas horas y a todo volumen. Y la verdad es que aquí las cosas nos resultan más sencillas, sobre todo a Marita, que tiene que hacer sus labores y las labores que yo, por mi invalidez, no puedo hacer.

Lo de Río fue algo muy malo que nos cambió por completo. No sé cuánto tiempo estuvo Marita con fiebre, vomitando y levantándose de madrugada para comer fiambre a hurtadillas. Lo que sí recuerdo es que cuando todo ese malestar se le quitó sin siquiera medicinas, comenzó a mostrar cierta intolerancia a la luz natural. Y una noche ocurrió lo inevitable. Yo todavía andaba pero el episodio no fue en el extranjero, ni siquiera en medio de la acera: fue en nuestro propio dormitorio. Estábamos haciendo el amor y de pronto ella se revolvió y de pronto me clavó los dientes en el pectoral derecho. Creo que grité como un demonio y que salí escopetado hacia el cuarto de baño, y creo que ella se quedó sentada en la cama con la mirada perdida, desnuda y con mi sangre y más cosas mías cayendo desde su boca. Yo también tuve fiebre pero apenas si vomité alguna vez. Todavía no me había caído del andamio y todavía no teníamos la imperiosa necesidad que sí tendríamos más adelante.

Las horas se cubrieron de oscuridad, de voces, de rarísimas sensaciones y de aún más insólitas prácticas. No me extraña que los vecinos nos acecharan y desearan que nos largásemos.

Aquí en Colonia Chica nadie sabe ni que existimos. Es un piso tutelado pero el asistente social dejó de venir porque unos gamberros del bloque de al lado lo

agredieron sexualmente. Dicen que no saben si encontrarán un sustituto. No hay casero y mucho menos portero. Entre los vecinos apenas si nos saludamos. Y nosotros podemos hacer prácticamente lo que nos da la gana. Sin ir más lejos, hace un rato, cuando Marita regresaba de dar su inevitable paseo nocturno, se cruzó en las escaleras con un desgraciado que estaba totalmente borracho y que le preguntó si era Halloween o qué. Marita habla poco pero dice que el tipo le dijo, además de lo de Halloween, «guapa, ven que te como todo lo gordo». La conozco a mi mujer: mal asunto esa clase de guarangadas.

Lo cierto es que después de tantos inconvenientes puede que hayamos encontrado nuestro lugar en el mundo: en Colonia Chica no le importamos un rábano a nadie y podemos utilizar la habitación sin ventanas para que Marita y yo calmemos nuestra imperiosa necesidad. En los bloques de apartamentos de esta barriada, la penumbra es casi una constante y suele haber peleas en los rellanos y las manchas de sangre pueden ser de cualquiera. El mes pasado se liaron a navajazos los del quinto y uno de los implicados bajó los cinco pisos herido de muerte. Se desplomó en el último tramo de escaleras pero dejó todo hecho un cristo. El ascensor no funcionaba y a Marita le costó horrores traerlo hasta el cuarto sin ventanas.

Creo que con este, el que le dijo lo de Halloween, fue más fácil.

Sí, en Colonia Chica vivimos tranquilos.

2020